

Cantar la historia la matanza de la escuela Santa María.

Bernardo Guerrero

Desde el Alto San Antonio los obreros y sus familias deciden bajar a Iquique. Son miles de pampinos que vienen a tomarse la ciudad. El discurso de la ciudad letrada, del poder, los encierra bajo la palabra bárbaros, paganos o incivilizados. Tienen el rostro duro por el hambre, la sed, y el largo peregrinar atravesando el desierto. Son pacíficos. La prensa letrada pone el grito en el cielo. Algunos llegan por tren otros simplemente bajan por los cerros. Hay que encerrar a los bárbaros. El sujeto obrero visto individualmente era inofensivo. Era visto como un ser fatal y de mala suerte que para colmo se bebía lo poco que ganaba. Bailaba y jugaba. Era un paria, pero no extrañaba peligro. Pero en conjunto, era otra cosa. Era un peligro. Y había que cuidarse. Había que encerrarlo. La escuela Santa María fue el lugar. Los otros, que tenían parientes y amigos, se hospedaron en sus casas.

La escuela Santa María, a pesar del frío y descuidado monolito que recuerda la matanza, tiene en la historia local su marca indeleble. Invisible en los libros de historia, por un ideológico olvido de la historiografía oficial, los hechos de diciembre de 1907, alcanzaron su mayor resonancia, gracias a la obra del iquiqueño, Luis Advis Vitaglich, y al conjunto Quilapayún que la grabó, en el año 1969, en el desaparecido sello Dicap (Discoteca del Cantar Popular).

A partir de ese momento, la historia de la matanza, se universaliza y pasa a constituirse en un clásico de la música popular. Pero, también en un hecho histórico. La obra de Advis, viene a llenar el vacío que dejó la historiografía oficial. Años después, en la década de los ochenta, aparecerá la obra del historiador, Eduardo Devés Los que van a morir te saludan (1985) y del iquiqueño Pedro Bravo Elizondo, Santa María de Iquique 1907: Documentos para su Historia, (1993) haciendo justicia, en el plano de la historia, a ese incomprensible olvido.

La palabra versus el canto

Sin embargo para la memoria colectiva y popular los hechos de esa tarde del 21 de diciembre de 1907, en la Plaza Montt, cabalgó de boca en boca. Los abuelos se la contaban a los nietos y éstos la divulgaban ante sus iguales.

El moderno edificio que se construyó una vez que el de madera se demolió sirvió como el sitio de la memoria. Era el albergue donde por las noches, se nos decía, se oían voces y llantos. Penar era la palabra que servía para indicar lo allí sucedido. La memoria oral construyó su propia cartografía de los hechos; mapeó las calles por donde la sangre corrió esa tarde de verano, señaló las casas donde los sobrevivientes se ocultaron, y también aquellas donde el soldado lloró por haber disparado a sus iguales. La geografía en la que se desarrolló el evento se convirtió en un cementerio virtual.

La memoria oral que no funciona en base a periodizaciones ni a cronología como lo hace la historiografía, cantó la masacre un año después. Francisco Luis Pezoa en 1908 escribió el “Canto a la Pampa”. Una oración, una letanía que narra lo sucedido. Pero no es un canto resignado. Al contrario “pide castigo”. Este canto épico resistió al olvido y sirvió para reactualizar el hecho. El resto lo puso la leyenda.

Canto a la Pampa

Canto a la Pampa, la tierra triste,
réproba tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste,
ni en lo más bello de la estación.

En donde el ave nunca gorjea,
en donde nunca la flor creció,
ni del arroyo que serpentea
su cristalino bullir se oyó.

Año tras años por lo salares
del desolado Tamarugal,
lentos cruzando van por millares
los tristes parias del capital.

Sudor amargo su sien brotando,
llanto a sus ojos, sangre a sus pies,
los infelices van acopiando
montones de oro para el burgués.

Hasta que un día, como un lamento
de lo más hondo del corazón,
por las callejas del campamento
vibró un acento de rebelión.

Eran los ayes de muchos pechos,
de muchas iras era el clamor,
la clarinada de los derechos
del pobre pueblo trabajador.

Vamos al puerto - dijeron-, vamos,
con un resuelto y noble ademán,
para pedirles a nuestros amos
otro pedazo, no más de pan.

Y en la misérrima caravana,
al par que el hombre, marchar se ven
la amante esposa, la madre anciana,
y el inocente niño también.

Benditas víctimas que bajaron,
desde la Pampa, llenas de fe,

y a su llegada lo que escucharon
voz de metralla tan sólo fue.

Baldón eterno para las fieras
masacradoras sin compasión,
queden manchadas con sangre obrera
como un estigma de maldición.

Pido venganza por el valiente
que la metralla pulverizó;
pido venganza por el doliente
huérfano y triste que allí quedó.

Pido venganza por la que vino
de los obreros el pecho a abrir;
pido venganza por el pampino
que allá en Iquique supo morir.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)